

UNA EDICION de las obras de Montalvo

LA casa Garnier de París ha encomendado a Gonzalo Zaldumbide la edición crítica de las obras completas de Montalvo que verán la luz en 1920. Semejante edición, que reuniera obras dispersas y refrendara antiguos juicios, era esperada desde hace un cuarto de siglo. Oportuna parece hoy, cuando merced al estudio de Rodó y a más frecuentes vínculos intelectuales de América, se extiende del Ecuador al Continente la gloria del último clásico.

A nadie mejor que al autor de dos ensayos magistrales sobre d'Annunzio y Rodó le correspondía la delicada gestión de albacea mental. Por un lento camino semejante a la encendida ruta del Hijo Pródigo, regresa el admirable crítico a su América. En la juventud de su entusiasmo salió también a buscar emociones y aventuras. Por ese paisaje musical donde las Vírgenes de las Rocas esperan como novias de un imposible *sposalizio*, se extravía Zaldumbide con todos sus contemporáneos de entonces; mas el joven de luto que ha leído a Pascal sabe medir como un médico triste la curva de su temperatura lírica y escribe *la Evolución de Gabriel d'Annunzio*, libertándose de la influencia primera, en busca de más lucido equilibrio. Su *José Enrique Rodó*, que es de ayer, parece el segundo episodio de esta historia intelectual: el crítico no sólo aspira a comprender, sino refiere sus titubeos de creyente que al abandonar el culto motivara su penosa y reciente incredulidad. ¿A qué nuevo amor, a qué dogma nuevo entregarse? Observad como este escritor que va tratando de conciliar en la vida su melancolía heredada con sus deberes de mundano elegante, sólo estudia a los paraninfos del optimismo universal. Se diría que con angustiada curiosidad averigua en los altos espíritus el misterio de su alegría. ¿Cómo explicarla cuando no es satisfacción vulgar de Cándido sino constancia del árbol engañado por todas las primaveras? D'Annunzio, Rodó, Montalvo parecen las esfinges sucesivas a quienes va preguntando el aterido viajero, el secreto de la sonrisa. Y quizás porque lleva como Edipo una ansia infinita de serenidad en su alma predestinada a la aventura, analiza tan soberbiamente a esos poetas de la vida feliz el poeta arrepentido y sedentario que sólo quiere ser Gonzalo Zaldumbide.

De aquella trilogía del entusiasmo, el más singular de todos ha sido tal vez el ecuatoriano. Quijotesca fué su

vida, victoriosa en todas sus derrotas. En la literatura española como en la vida de su mejor ingenio, el Quijote parece el minuto de equilibrio entre un romanticismo sin médula y un realismo que pudiera ser soez. En el Montalvo del juvenil *Cosmopolita*, en el Montalvo que asiste con todo Michelet en la cabeza a suntuosos crepúsculos de Roma, es decisiva la lectura de aquel libro. Mientras los otros románticos de América amplifican una visión vaga de la vida que tan escaso jugo de humanidad encierra, Montalvo trabaja en lo concreto, devora libros de memorias, traza cuadros exactos de su realidad local, busca en las vidas históricas ejemplo y sobriedad para guiar la nuestra. Algo queda por supuesto en los *Siete tratados* de aquellos delirios tan en boga en América después de la publicación de *Las ruinas* de Volney, mas henchida está de miel humana esa divagación universal. Como Bolívar, como Sarmiento y Palma, como todos los espíritus directores del Continente, va despojándose con los años del vacío y peligroso romanticismo.

Sólo que después de haberse enriquecido con tal polen de siglos, se ha de vivir en la nativa serranía en contacto con el barbero de Cervantes, el Barrabás de charreteras que cantara Darío y el sumiso *chagra* feudal. Esta fué la tragedia de Montalvo y la explicación humana de su ira. Pero también por ser más rico que los otros, porque de su romántico *belvedere* miraba ocasos de Roma, banquetes de Platón, desfiles de Bolívar, los más ilustres espectáculos que puede ofrecer a su propia fantasía un poeta en vena de hermosura, no era posible que Montalvo se ensañara. Su cólera se desahoga siempre en carcajadas, y de las puntas de sus frases nerviosas sale al cabo, como de la nube eléctrica y preñada, la chispa que prepara la lluvia.

Su risa es la humanizada forma de la indignación que tiende a serenarse. Al combatir, entusiasmándose, olvida que lucha para sólo recordar que diserta. Pertenece a la estirpe de esos admirables artistas de la palabra que se encrespan cantando como ciertas aves en los novilunios. Movidó ya por aquel calor que no sólo proviene del público invisible sino de la interna combustión, desdeña el objeto primero de su enfado y la catilinaria o la filípica sólo son para el alma vertiginosa una alta romería de historiador de siglos o un paseo circular por los osa-

rios predilectos. Los mismos amigos de Montalvo se sorprendieron a veces de que la justa empeñada en la tierra acabara en el cielo y se perdiera el polemista por los cerros de Ubeda que son paisaje manchego. De aquel divagar por almas y por libros, no podía volver al campanario con los sórdidos rencores ajenos, que hasta en la cólera se puede ser menesteroso, y era pródigo Montalvo en su manera de acometer riendo. Tal vez la historia del libelo no recuerda semejante desprendimiento en el odio. Imaginamos a un Gargantúa travieso como el payaso de Banville que arrojara su riqueza de tropos a la cabeza del contrincante pequeño o grande, Veintemilla o García Moreno. Veneros de un vocabulario cernido con amor servían para envolver la miseria de algún personaje polvoriento como esas momias egipcias de quienes sólo nos interesa y perdura el arte incorruptible de la mortaja. La historia de los repúblicos de Roma o las *Vidas* de Plutarco eran su arsenal para confundir a cualquier tiranuelo del Ecuador. La desproporción es evidente y ¡quién no adivina la tristeza de esas catilinas sin Catilina!

Por eso divaga, traspone siglos, viene con la memoria llena de ejemplos, de anécdotas, de ingeniosas palabras. Con su excursión renueva en la literatura española el género perdido del ensayo, cuyos dos progenitores fueron un francés y un inglés, Montaigne y Adison. Pero a ninguno de los dos pudiera compararse. Aunque desgaje historias para regalo del «amigo lector», la curiosidad burguesa de Montaigne no traspasa el horizonte de su jardín. Y nada menos británico que este otear en redondo con sobrio y clarividente señorío. Se pierde Tristán Shandy por los vericuetos de su alma irónica, divagando estratégicamente con lentitud de hombre del Norte, mas nunca vuelve de su «Viaje sentimental» como este Don Juan de las ideas que ha amado en todos los paisajes. ¿Dilettante? Quizás, pero no es femenina sino viril su aprehensión de cada cosa. ¿Pensador? Pero el pensamiento exige la lógica del camino real y no este ascenso jadeante por sendero de cabras. ¿Poeta? Sí, poeta sagaz que domina su arrebató cuando quiere porque ha estrangulado a su romántico interior, y como los furibundos personajes de la tragedia clásica, sólo sabe afrentar con hermosas palabras.

Este amor a las palabras le designa enseguida por uno de aquellos predestinados que se inspiran y embriagan según los dogmas de Gautier, leyendo el diccionario. Mientras en España se tornaba en lenguaje solemne para recepción de Academia Española la lengua vivaz del pícaro y del místico, el